



Foto: Joël Mestre

En un mundo rural domesticado

Joël Mestre

Las intervenciones del hombre en el medio rural son objeto de reflexión en este artículo. Encuentros y desencuentros entre la ciudad y el campo, límites transgredidos que marcan el inicio del debate para la sostenibilidad. Es necesario plantear un futuro de propuestas de intervención amables e integradas que frenen la ávida actuación del hombre, el desgaste y abandono del entorno natural

Érase una vez una pocilga en las afueras de Ramsen, una población en el centro norte de Alemania a pocos kilómetros de Kassel. Esta pequeña construcción del siglo XVIII (1768) fue rehabilitada hace cinco años; tras la Segunda Guerra Mundial quedó parcialmente derribada y ahora la legislación vigente impedía su demolición, por lo que su actual propietario se vio obligado a darle una nueva utilidad. Teniendo en cuenta su localización, en la frontera entre la aldea y el bosque y su anterior ocupación, nada hacía pensar que una antigua residencia de cerdos (Saustall) fuera a convertirse en una impecable sala de exposiciones (Schaustall), una imprevisible situación que, a pesar de sorprendernos, tenía en su idioma una razón lingüística y morfológica tan evidente que resulta imposible que a sus propietarios, una vez desvelada la sorpresa, una cosa no les llevara a la otra.

Más de dos siglos de supervivencia habían hecho de este inmueble un lugar ilustre, blindado por la administración y protegido por la Historia; la sencilla intervención arquitectónica en esta nueva transfiguración, tan urbana, debía ser sutil y seguir la normativa al pie de la letra, de modo que no hubiera ninguna afrenta o ilegalidad en la ejecución. La rehabilitación mantuvo la piel de un edificio extremadamente básico, con algo más de una altura, techo a dos vertientes, puerta, comedero para los animales y apenas unos cuantos vanos como ventanas; el edificio original debía convertirse en un guante del actual recinto. Se retiró el techo existente y se aportó una nueva cubierta conservando siempre el aspecto original de la edificación. La nueva estructura era mínima, sin detalles complejos: las paredes, suelo y techo fueron fabricados en paneles de madera Kerto, haciendo coincidir los huecos de las viejas ventanas con los nuevos directamente cortados en los paneles. El resultado fue una casa de madera dentro de otra con muros de piedra, sin que en ningún momento una tocara a la otra.¹

¹ Proyecto de FNP Architekten, Stuttgart (Alemania). Formó parte de la exposición *Reactivitate. Espacios remodelados e intervenciones mínimas*, celebrada durante el 2008 en el Espai d'art Contemporani de Castelló (EACC).

Esta particular intervención, de marcado carácter situacionista, parece ir cargada de intenciones, a pesar de tratarse de un ejercicio de bajo presupuesto, el discurso de esta arquitectura consigue golpear –en voz baja y donde más duele– a las manifestaciones megalómanas a las que la actualidad nos tiene tan acostumbrados. Todavía más inquietante resulta el hecho de que además tenga lugar en un contexto rural, un entorno que lejos de haber quedado obsoleto y que durante tanto tiempo ha padecido un progresivo abandono, ahora nos muestra una vez más como esa fractura entre la urbe y el campo quiere ser restaurada a toda costa. A pesar de haber relegado la naturaleza a las periferias urbanas, el fetichismo y la mitificación por ella sigue intacto, no podíamos frustrar nuestras ansias de conciliación sin intentar limar por lo menos –y así lleva haciéndose durante décadas– todas las asperezas que evidencian esa ruptura. El proceso de desruralización ha sido tan tenaz y ha llegado a tal extremo, en esta parte del mundo, que es aquí donde se aprecia aún mejor como las grandes ciudades hacen sentir su área de influencia y como en su gran mayoría las áreas rurales parecen encontrarse cada vez más supeditadas a los hábitos urbanos. El entorno natural ha sufrido un desgaste del que queda poco de agreste y primitivo. Da la impresión que lo que hoy llamamos mundo rural no es más que los márgenes de la ciudad, el umbral hacia la primitiva naturaleza, nuevas extensiones del aburguesamiento urbano en donde sólo cabe esperar si la nueva arquitectura será capaz de crear formas más sutiles de interacción. De aquel territorio inhóspito que requería de cierta dureza física y espiritual parece quedar bien poco, un lugar cada vez más lejano y reservado al esfuerzo, quizá anacrónico de unos pocos, obstinados en no reconocer que la transformación del entorno sigue siendo un rasgo innato del ser humano.

La arquitectura rural vivió en Francia un interesante periodo durante la segunda mitad del siglo XVIII. De la Ilustración y el ambiente prerrevolucionario surgieron grandes proyectos, entre ellos los del arquitecto Claude-Nicolas Ledoux. Sus trabajos partían de propuestas prácticas de agrónomos y gente con conocimiento de campo, su particular reforma aspiraba sobre todo

En la página anterior y arriba: fotografías del paisaje rural de la localidad de Allepuz, en Teruel.



a conseguir mejorar las condiciones de vida de la población agraria; desde borrar la distinción arquitectónica entre clases sociales al mantenimiento de los bosques, el desarrollo de transportes terrestres y fluviales a la modernización agrícola y la promoción de la industria rural en general. Aunque –según Emil Kaufmann– Ledoux nunca fue políticamente un revolucionario, tanto por sus aspiraciones utópicas como por sus cuestionamientos formales anticipó, a su manera, las grandes transformaciones del estado burgués. Su arquitectura funcional aspiraba a alcanzar una mayor dignidad y seguridad para sus moradores, sin descuidar el diálogo poético y subliminal con ellos a través de las formas y las composiciones volumétricas de sus edificios. [...] *los toneleros habitan una casa formada por dos cilindros entrecruzados, acanalados, para asemejarse a los toneles. Los guardas del río viven en una casa en forma de tubo a través del cual el objeto de su vigilancia mana como un torrente. Los guardas campestres tienen derecho a un albergue en forma de esfera, para simbolizar la naturaleza universal de su vigilancia [...].*²

La recuperación e interés de Claude-Nicolas Ledoux por las formas de síntesis geométrica, consiguieron hacer de su arquitectura una manifestación propia con un claro carácter de renovación formal. Se diría que estaba, a la manera saviniana, ante el uso de un clasicismo bien entendido: no se trataba de volver a formas preestablecidas y consagradas, sino de lograr la forma más apta para la transfiguración de un pensamiento y de una voluntad artística, una actitud que no excluyera la novedad de expresiones, sino que más bien las incorporara y hasta las exigiera.³ De aquellos proyectos más emocionantes todavía sigue oyéndose una voz susurrante, incluso hay quien la calificó irónicamente de arquitectura parlante –como si esa fuera una tara– pero dado su poder evocador, perfectamente podríamos ampliar sus facultades, a las de

Da la impresión que lo que hoy llamamos mundo rural no es más que los márgenes de la ciudad, el umbral hacia la primitiva naturaleza, nuevas extensiones del aburguesamiento urbano

una arquitectura narrativa y literaria tan capacitada para la virtualidad como la más austera poesía.

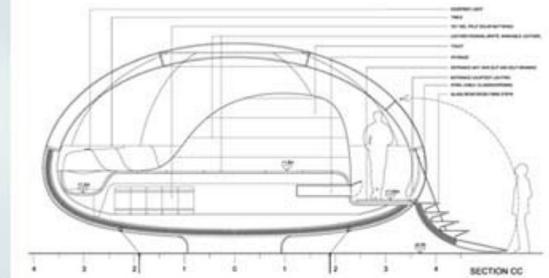
Ledoux compartió en ocasiones, con su coetáneo Etienne-Louis Boullée, una concepción arquitectónica muy similar. Las pretensiones de algunos de aquellos arquitectos utópicos no llegaron a culminar; sus obras planteaban importantes novedades estructurales pero resultaban excesivamente imaginativas y poco funcionales para la época; una suerte visionaria que les ha llevado a hermanar con ciertos aspectos de la arquitectura moderna. Ambos fueron de naturaleza futurista, en el mejor sentido de la palabra, promotores de un arte imaginativo. Etienne-Louis Boullée era un autor de temperamento aéreo, aficionado a los aerostatos pudo comprobar cómo desde las alturas las pequeñas formas se desvanecían y mutaban hacia otras más básicas y manejables; como si de un adelantado aeropintor futurista se tratara intuyó, a través de esta experiencia, cómo los nuevos puntos de vista desdoblaron y ampliaban las posibilidades expresivas del arte y la comprensión del mundo. Desde aquella nueva planimetría las teorías gravitatorias de Newton se le revelaron como otra posibilidad de establecer nuevas relaciones con el urbanismo y la arquitectura que pretendía: las ciudades evocan los planetas, sus relaciones y sus intercambios recuerdan las fuerzas de atracción y de gravitación. Más allá de las ciudades sólo encontraba el vacío (el campo) mientras que algunas ciudades importantes se convertían en centros de gravitación para otras, manteniendo una importante influencia sobre el territorio.⁴

Aquella valiente experiencia aerostática de Boullée o, años más tarde, el empeño icarista por remontar el vuelo del pintor Arnold Böcklin, hasta la de aquellos intrépidos futuristas fascinados por la máquina y el vuelo a motor tras la Gran Guerra, tienen mucho que ver con esa otra experiencia, pero de carácter virtual, que profetizó hace más de cuarenta años el controvertido Marshall McLuhan y su fórmula de una *aldea global*, vinculada al desarrollo

2 Anthony Vidler, *Ledoux*, Akal Arquitectura, Madrid, 1994.

3 Alberto Savinio, *Fini dell'arte*. Revista Valori Plastici, 1919.

4 Philippe Madec, *Boullée*, Akal Arquitectura, Madrid, 1997.



En la página anterior: diversas fases del proyecto de rehabilitación de una pocilga del siglo XVII en Ramsen, Alemania, para su utilización como sala de exposiciones. Fotografías reproducidas por cortesía del Espai d'art contemporani de Castelló

En esta página: la *Cápsula alpina*, de Ross Lovegrove, situada en las pistas de la Alta Badia, Italia, es un ejemplo de arquitectura integrada en el paisaje.

de los medios de comunicación de masas. A pesar de haber sido numerosas veces zarandeado, el sociólogo canadiense permanece en la brecha de los acontecimientos. Si bien los situacionistas supieron ver temprano la otra cara del mensaje de McLuhan, cuando éste apenas comenzaba a ser proclamado a comienzo de los años 60, ya comprendieron que la globalización llevaría irremediamente implícita una aldeanización de la existencia, como un proceso de exaltación por lo local y de búsqueda por un medio ambiente más próximo, abarcable y controlado. Acaso este fenómeno no sea más que una proyección de esa posible desintegración de diferencias, cada vez más visible, entre la ciudad, el campo y el mundo rural.⁵

En este proceso de domesticación, aprovechando el entorno rural como un modelo sofisticado de ocio, han ido surgiendo formas más o menos delicadas de arquitecturas afines con el medio ambiente. Hay quien ofrece proyectos exclusivos de cabañas perfectamente adaptadas a los árboles y a la orografía del paisaje (www.baumraum.de). Detrás de una aparente vulnerabilidad constructiva que rememora la aventura de la infancia y su habitual inconformismo, habitar estas construcciones pretende recuperar la intensidad de una experiencia con el entorno natural,

5 Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*, Pre-Textos, Valencia, 2005.

en el marco de una engañosa precariedad y un confortable aislamiento; son cabañas que a pesar de su reducido tamaño cuentan con la posibilidad de todas las instalaciones propias de la urbe.

Es también el caso de la cápsula alpina de Ross Lovegrove, en Alta Badia (Italia), un encargo de refugio absolutamente integrado en el paisaje donde el diseñador británico pone a prueba los límites de invisibilidad. Se trata de un

En este proceso de domesticación, aprovechando el entorno rural como un modelo sofisticado de ocio, han surgido formas más o menos delicadas afines con el medio ambiente

discretísimo diseño en forma de gota de agua en el que se quiere mantener además un estricto uso ecológico e inteligente de los recursos materiales y tecnológicos de los que hoy se disponen. Pensado como refugio nocturno con capacidad para dos personas, el doble tejido que sirve de cubierta y da forma a la cúpula o iglú del habitáculo tiene una doble función: térmica y panorámica, en donde la percepción de la naturaleza está absolutamente calculada.

Pero ninguna de estas dos propuestas corresponde con exactitud a la vieja reivindicación de Henry David Thoreau –por su parte tan contemporánea y ecológica– aquella que desde su cabaña en el lago Walden, allá por 1845, dedicó todo su empeño en reconciliarse con el mundo a través del contacto con los agentes naturales, refugiándose en una vida contemplativa y despreciando la técnica y el progreso que no fuera necesario para su mera supervivencia. Es como si detrás de estas recientes propuestas –como también sucedió con Ledoux– en su intento por recuperar la naturaleza

